

de carácter cambien su conducta. Con este fin, ha vuelto a las aulas y ha aprobado cursos de formación, a pesar de que siempre había tenido problemas para «empollar». Pero cree que con librar tan sólo a un niño de un grave sufrimiento, su vida ya tiene un sentido profundo. Aunque, en realidad, «creer» no es la palabra adecuada. Después de todo el tormento que ha padecido en sus carnes, él lo sabe. Sus amargas vivencias y experiencias le otorgan la autoridad de un «sabedor».

Si, como decíamos, ésta fuera *su* visión, tan sólo necesitaría, con esta perspectiva puesta en el punto de mira, dar pequeños pasos consecuentes para que toda su terrible vida anterior de veintiún años de duración no le impida adquirir la nueva identidad.

Sigo teniendo  
la creencia  
de que no corremos  
suertes o desgracias  
a las que no podamos  
dar un sentido  
valioso,  
y no renuncio a ella,  
ni para mí  
ni para los demás.

HERMANN HESSE

#### 4. Cuidar la confianza básica (a la vista: lo superior)

«Las personas sanas son de toda confianza», escribió el científico Leonard R. Sagan, y recalcó que una sorprendente mayoría de creyentes longevos no rezan solamente cuando corren algún peligro. Según sus estadísticas, aquellos a los que, en un arranque de temor, solamente la impotencia les lleva a dirigirse a un poder superior, no se sienten realmente protegidos, sino que se agarran «a un clavo ardiendo» sin estar plenamente convencidos. La verdadera confianza básica, por el contrario, sube y baja, como la marea. Habita en las alegrías y las tristezas, en el alboroto y la calma, y nunca abandona al alma, incluso si, de vez en cuando, el depositario de la confianza es desconocido.

#### EJEMPLO

Un ejemplo ilustrativo de la confianza básica «anónima» lo viví en una ocasión en la que estaba en Gotinga, donde me invitaron a impartir unas clases en la universidad. Un señor mayor de origen alemán que ejercía de intérprete en mis lecciones me invitó a pasar una tarde con él y con su mujer a una isla cercana. Me vino a buscar con su coche y, durante el viaje, me relató su dramática biografía.

Cuando era un joven oficial de aviación durante la Segunda Guerra Mundial, fue derribado sobre suelo ruso y trasladado a un hospital militar, donde estuvo una temporada ingresado. Después fue deportado a un campo de prisioneros en Siberia, de donde se fugó en unas condiciones miserables y fue a parar a Hong Kong. De allí realizó el viaje en barco hasta Suecia, donde se afincó y se ganó con empeño una posición. «Soy ateo —dijo de repente, como para puntualizar—. En Siberia perdí las esperanzas en un dios bondadoso.» Cansada por las agotadoras clases, permanecí en silencio. ¿Qué derecho tenía yo, que nunca había estado en un campo de prisioneros siberiano, a comentar su afirmación?

Finalmente, después de cruzar un largo puente sobre el mar, llegamos a la isla frente a Gotemburgo, donde mi anfitrión tenía un terreno en el bosque con una hermosa y típica cabaña de troncos sueca. Habíamos entrado en un reino mágico. Las rocas, redondeadas por la erosión de la época glacial y cubiertas de musgo, nos invitaban a sentarnos bajo las frondosas coníferas que se alzaban alrededor. Las gaviotas trazaban círculos sobre nuestras cabezas y las olas producían un suave murmullo de fondo. La cabaña de madera, de poca altura, se recostaba con gracia en el paisaje y un cinturón de flores amarillas como la miel la abrazaba.

Dentro de la casa, mi anfitrión encendió una lamparilla de aceite sobre la mesa del comedor. Fue un gesto disfrazado de una extraña solemnidad que no entendí hasta que, después de un ágape excelente y una agradable sobremesa, nos dispusimos junto con su mujer a preparar la

partida. El matrimonio se situó conmigo alrededor de la mesa, nos tomamos todos de las manos, dijeron «gracias» y apagaron la lamparilla. «Es un ritual que he introducido —murmuró el hombre mientras salíamos—. Cuando alguien que ha padecido una guerra y una posguerra y, al final, puede decir que un lugar tan magnífico sobre la Tierra es suyo, su corazón rebosa agradecimiento...»

En el fondo, este distinguido hombre mayor era profundamente religioso, pero no lo sabía. Solamente le faltaba saber el nombre del dios bondadoso en cuyo honor quemaba la lamparilla de aceite cada momento que él pasaba en la cabaña. Su confianza básica había sobrevivido a Siberia.

Este relato cuenta algo más. Al realizar su agradecimiento, el hombre de Suecia *nos tomó de las manos* a su esposa y a mí como signo de intensa unión social. Pero cuando iba a solas a la isla, disfrutaba exactamente igual de su reino mágico: también ardía la lamparilla de aceite y también dibujaban sus labios la palabra «gracias» antes de apagar la llama. La moraleja de esta historia es que las personas llenas de confianza no sólo viven más sanas, sino que además conviven con más armonía con sus congéneres y soportan mejor la soledad.

No es mal consejo cuidar y conservar la confianza básica en «Dios». Lógicamente, una lamparilla de aceite no es el «conservante» adecuado para to-

Con la fotografía contigua, el científico suizo Max Steiger logró una toma de belleza exquisita. Fotografizó el eclipse total de Sol que se pudo ver en México en 1991.

Incluso cuando lo vemos reproducido sobre un papel, este fenómeno natural tan poco común nos despierta un profundo respeto por la descomunal dimensión de su mensaje cósmico. Podríamos expresarlo aproximadamente así: «Mira... Si toda la sombra de tu espacio vital terrestre se arrojase a la luz, nunca la podría cubrir completamente. Tras las oscuras fauces de la muerte, tras el apocalipsis del final de los días, todavía resplandece, eterna, la luz. Y por más perfecta y enorme que fuera tu aflicción, quedaría oculta en la aureola de luz celestial que todo lo abarca. Sigue, pues, tranquilo y sereno, y confía...».

